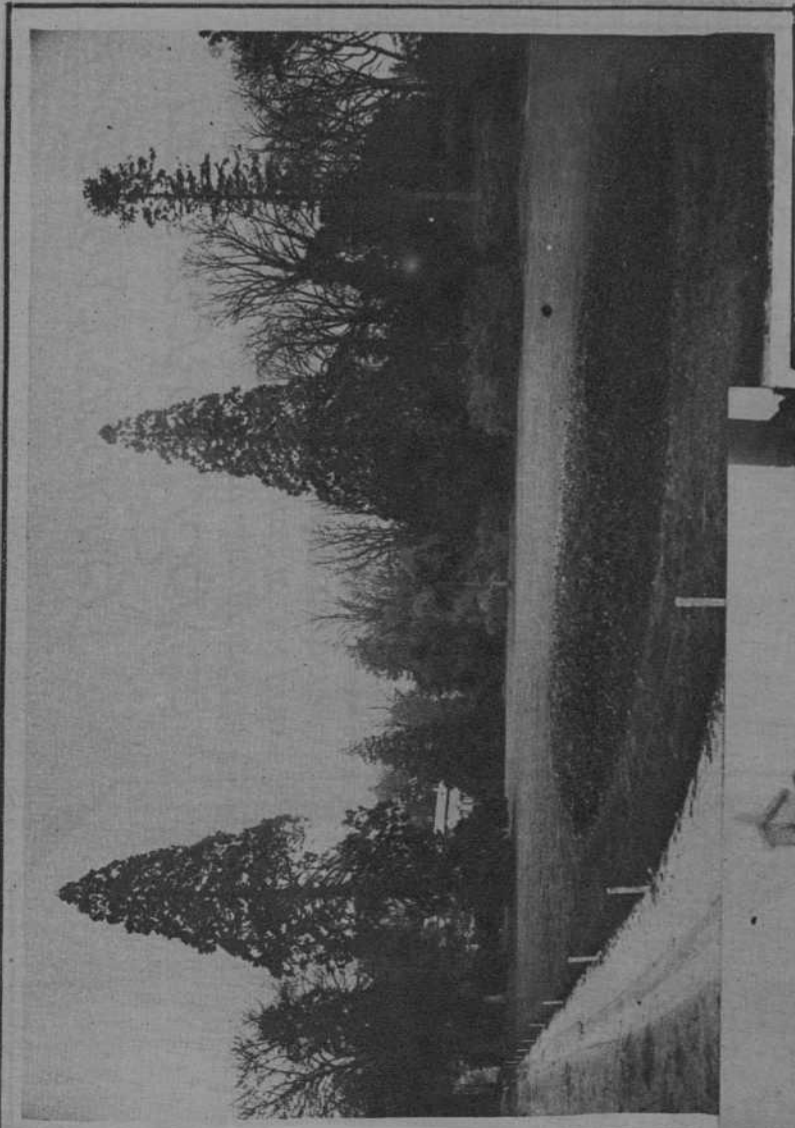


Los bellos jardines de Vepralles están siendo objeto de una importante restauración. En ella preside el más profundo respeto a su señorial historia.



Un rincón del "arboretum" recientemente creado.

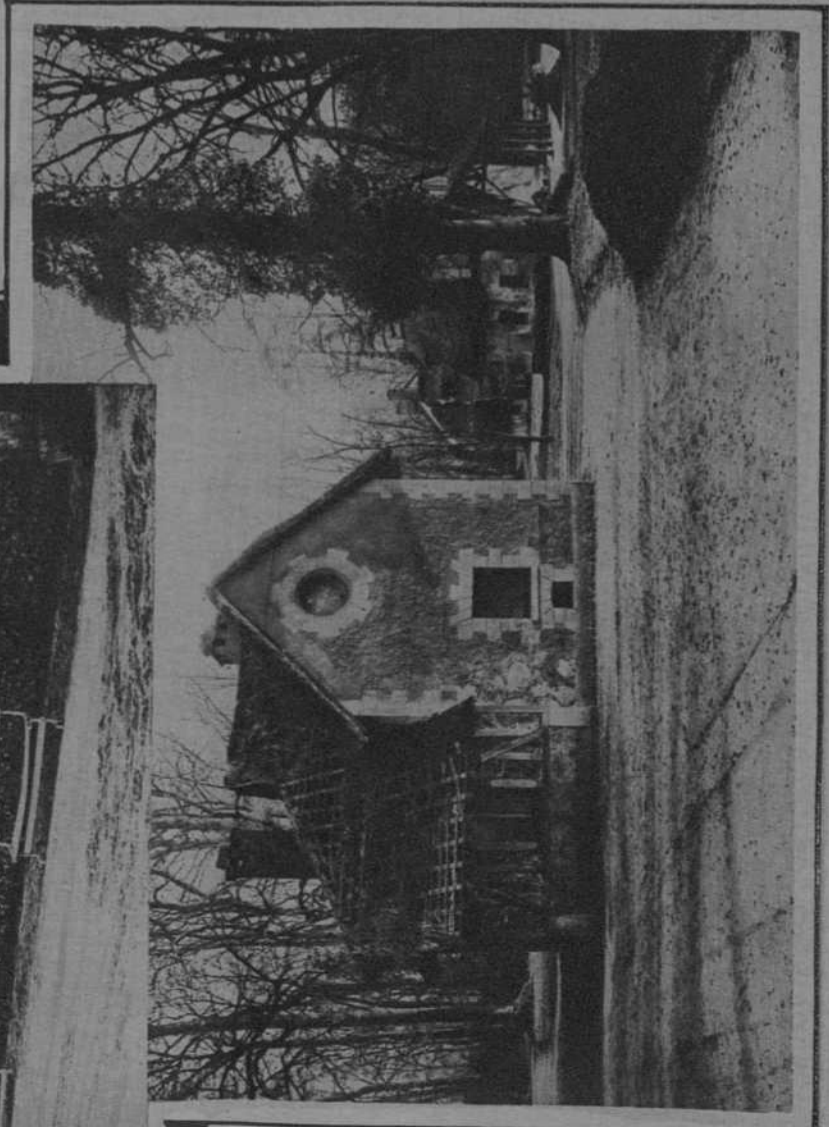
Fotos Conjorco.



La casa de Yussieu, que será renovada.

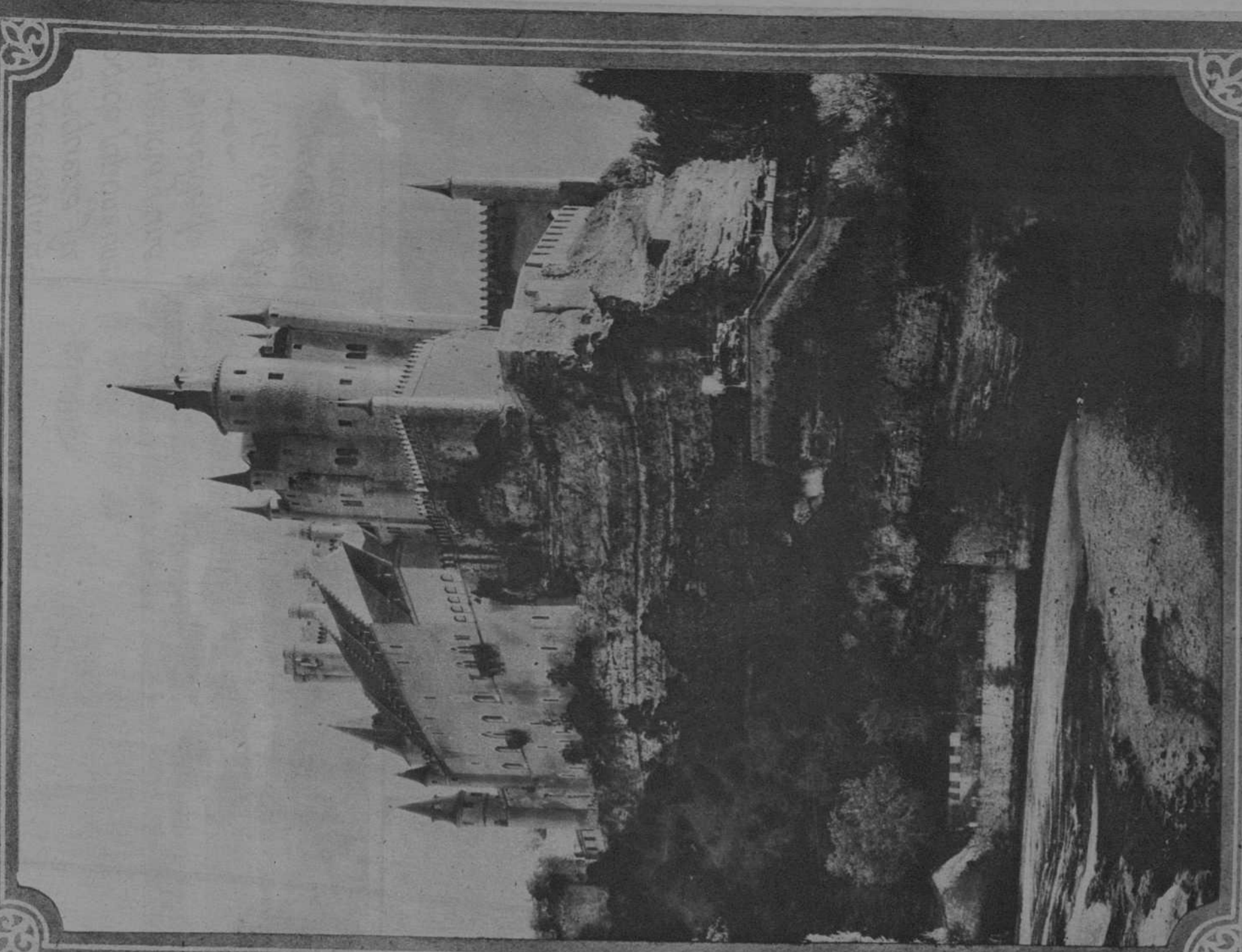


El "villorrio" de Maria Antonieta.



NUM. 98
 Páginas Extraordinarias de
 El Día Gráfico.

FEBRERO
 26
 1928



El Alcazar de Segovia.

Foto Mas.

En los mares del Norte suele hallarse el ambar, producto fósil que constituye una riqueza, su recogida supone una gran pericia y una gran tenacidad.

En busca del preciado producto.



Un buen hallazgo.

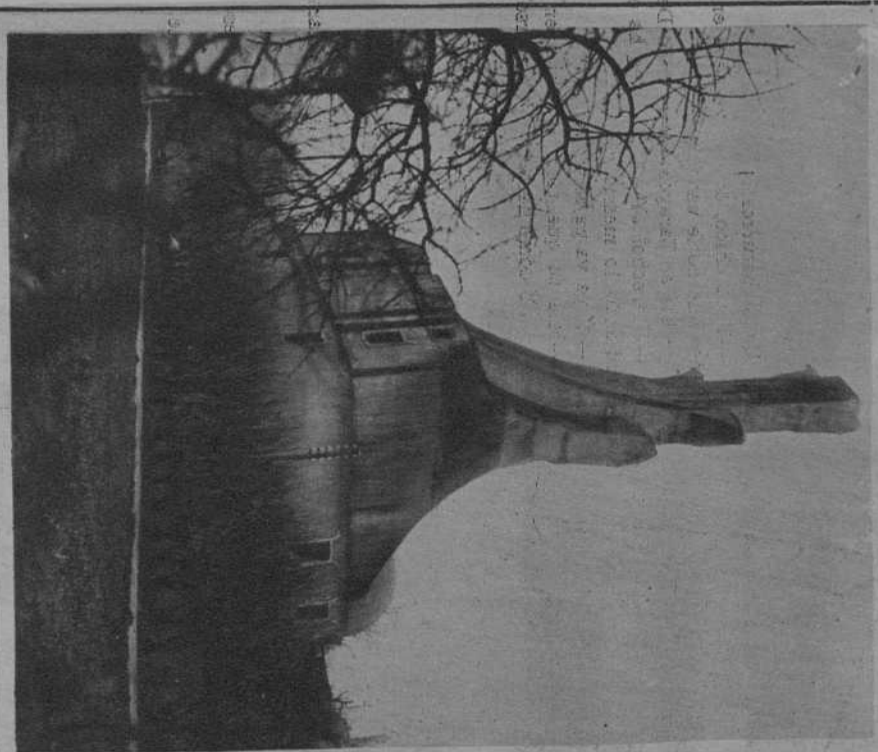
Una pesquería en la costa de Prusia

Foto Scherl.

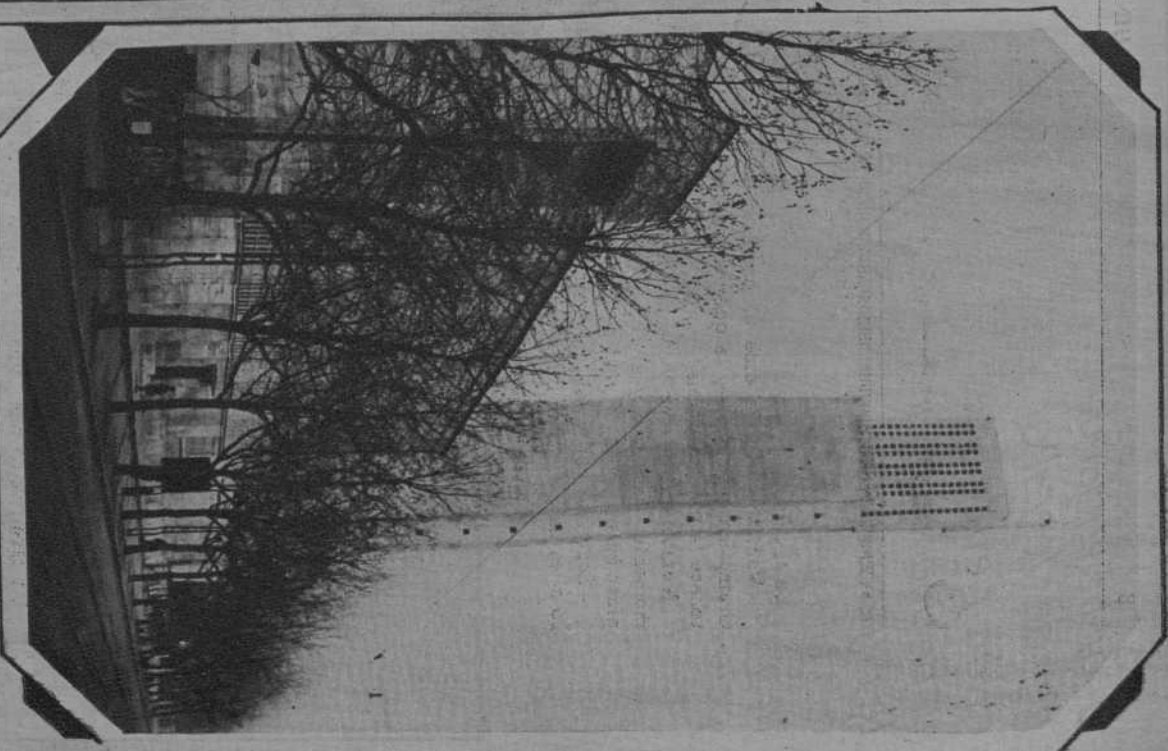


Las construcciones modernas en Basilea

Los más atrevidos atardeos arquitectónicos tienen, en Basilea, excelente acogida, lo que presta a aquella ciudad singularísimo carácter.



Una construcción original



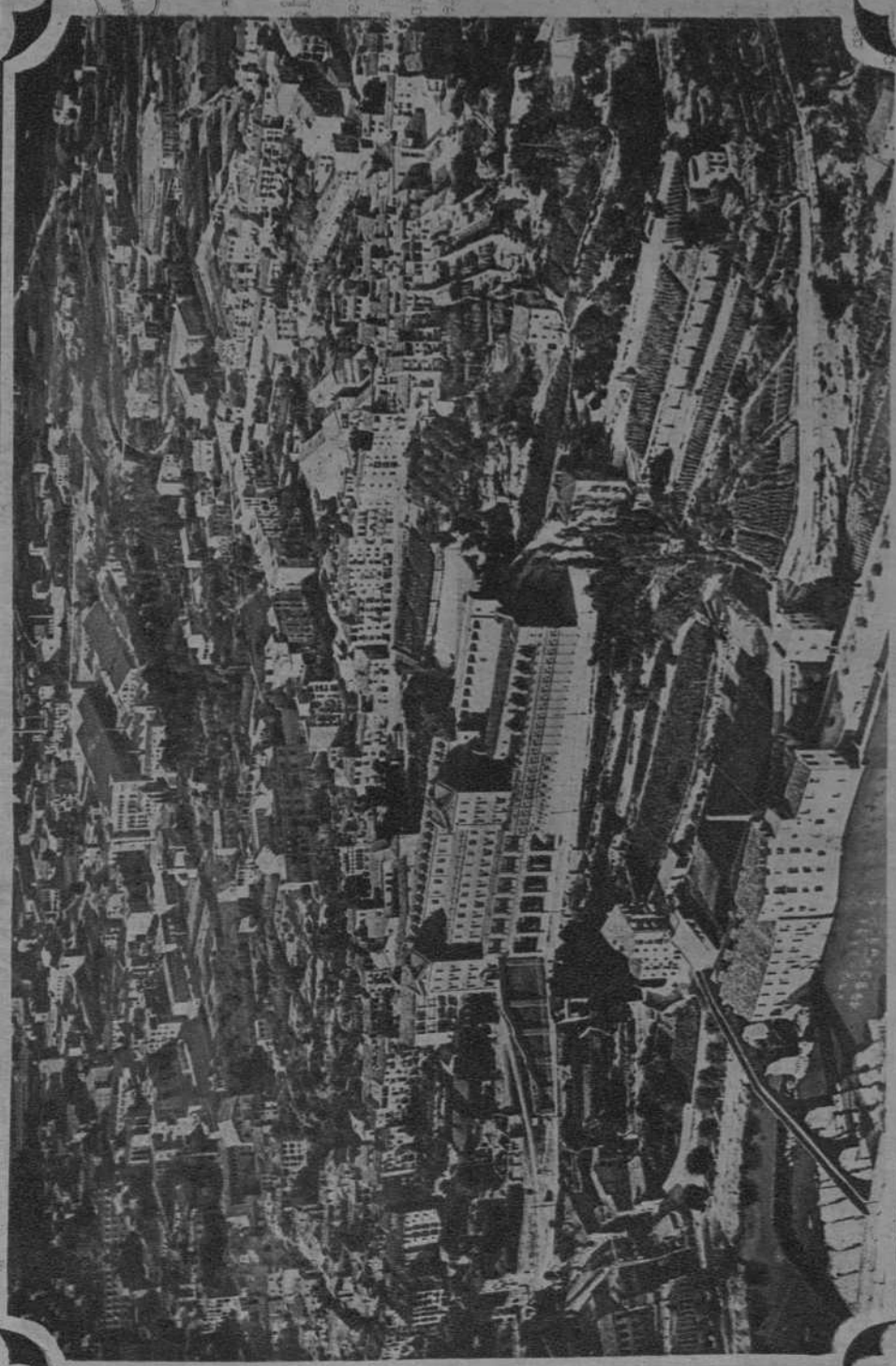
Un rascacielos poco común.



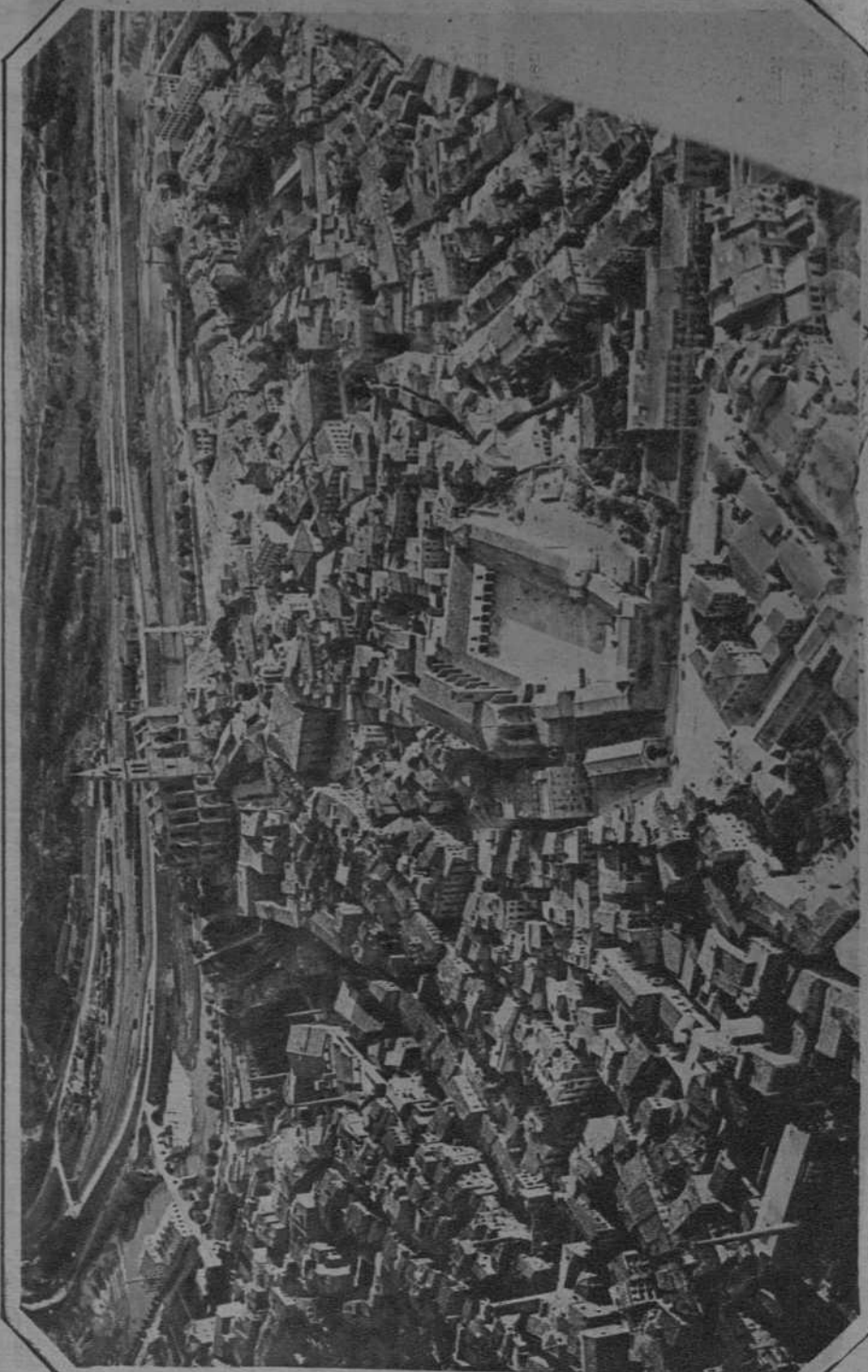
Nuevo modelo de edificio urbano

Foto Scherl

Manresa, vista desde un avión, muestra a la vez el encanto de las ciudades viejas y sus ansias de progreso, que le llevan a extender cada día más, sus límites.



El convento de los Jesuitas



El cuartel del Carmen, la Seo y el Cardener

Fotos Gaspar

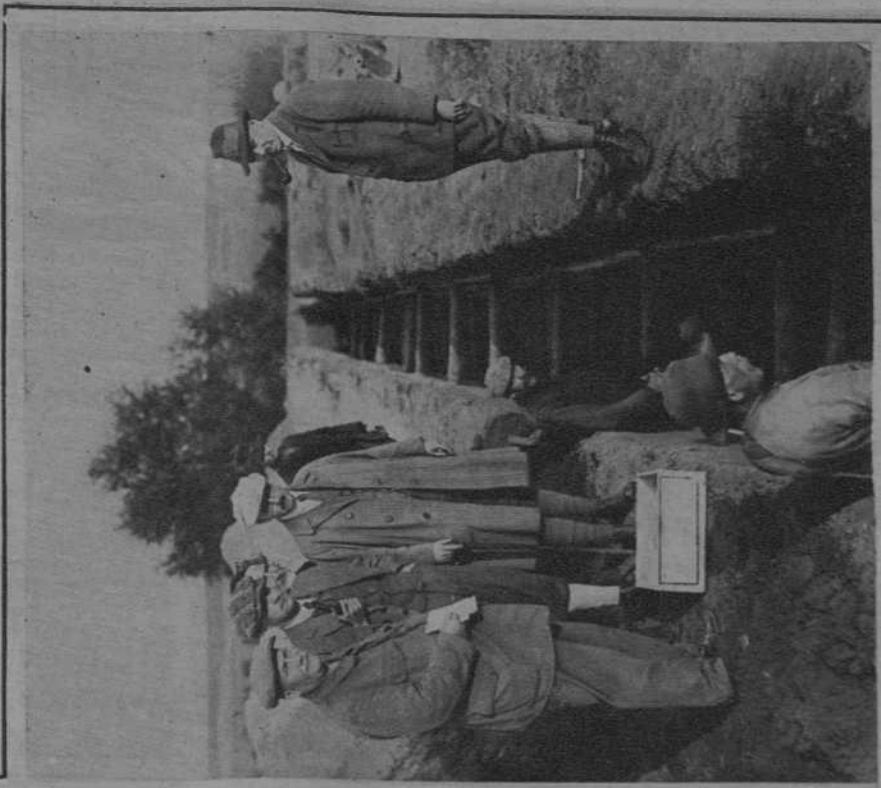
EL PROCESO DE UN HALLAZGO ARQUEOLÓGICO

El laboratorio de un preparador de Museo, tiene un marcado aspecto industrial. En él, los restos de pasadas épocas, son acondicionados para ser expuestos a la pública curiosidad.

Fotos Sibera.



La limpieza de los hallazgos.



Las excavaciones, realizadas con sumo cuidado

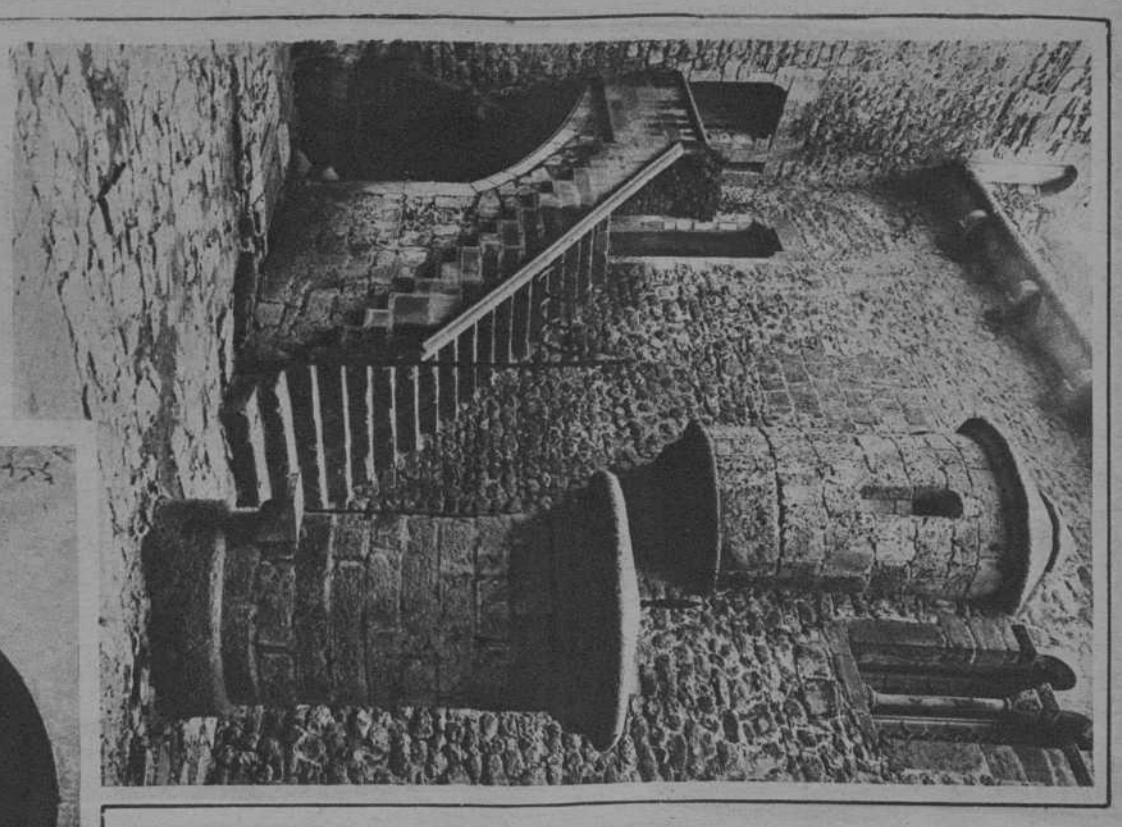


Clasificación de huesos humanos.

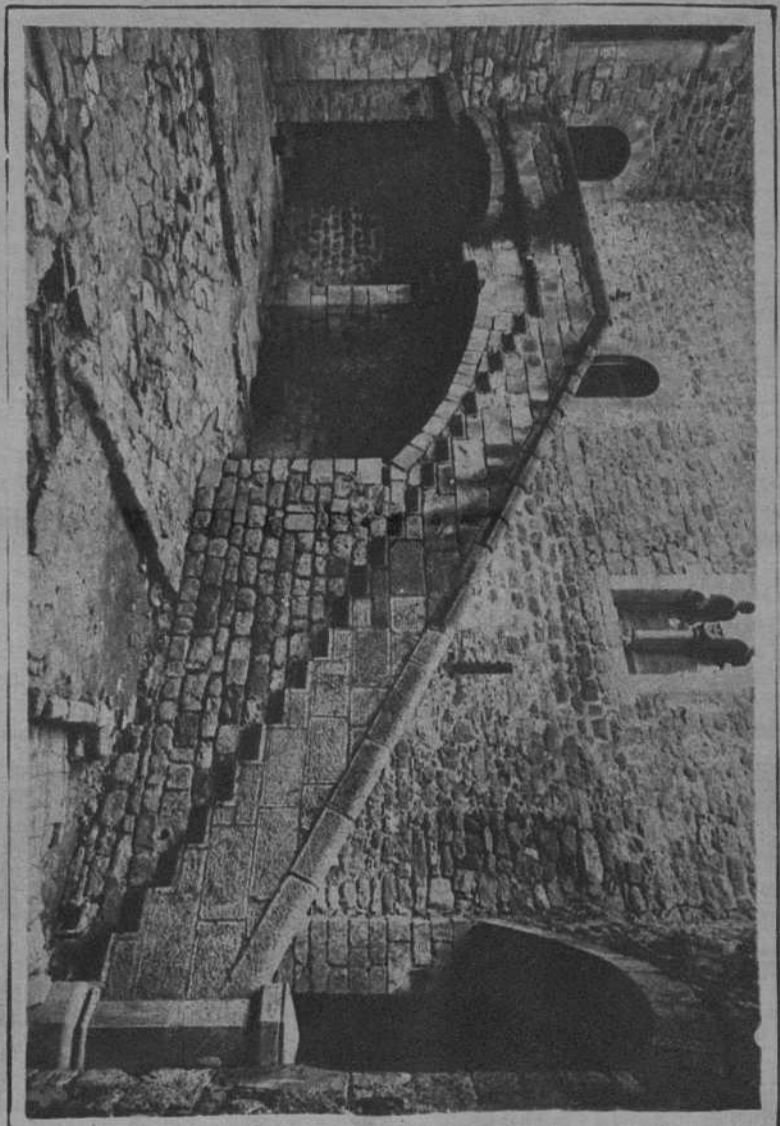
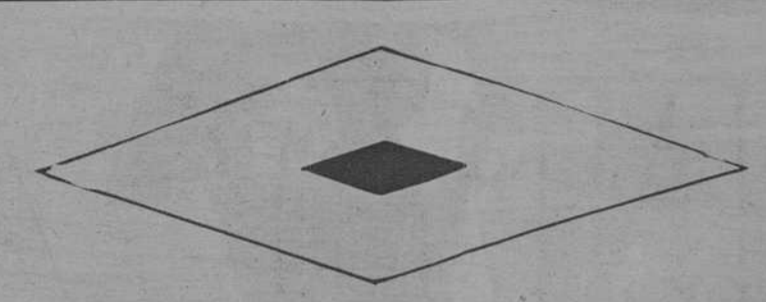
El arreglo de un cráneo



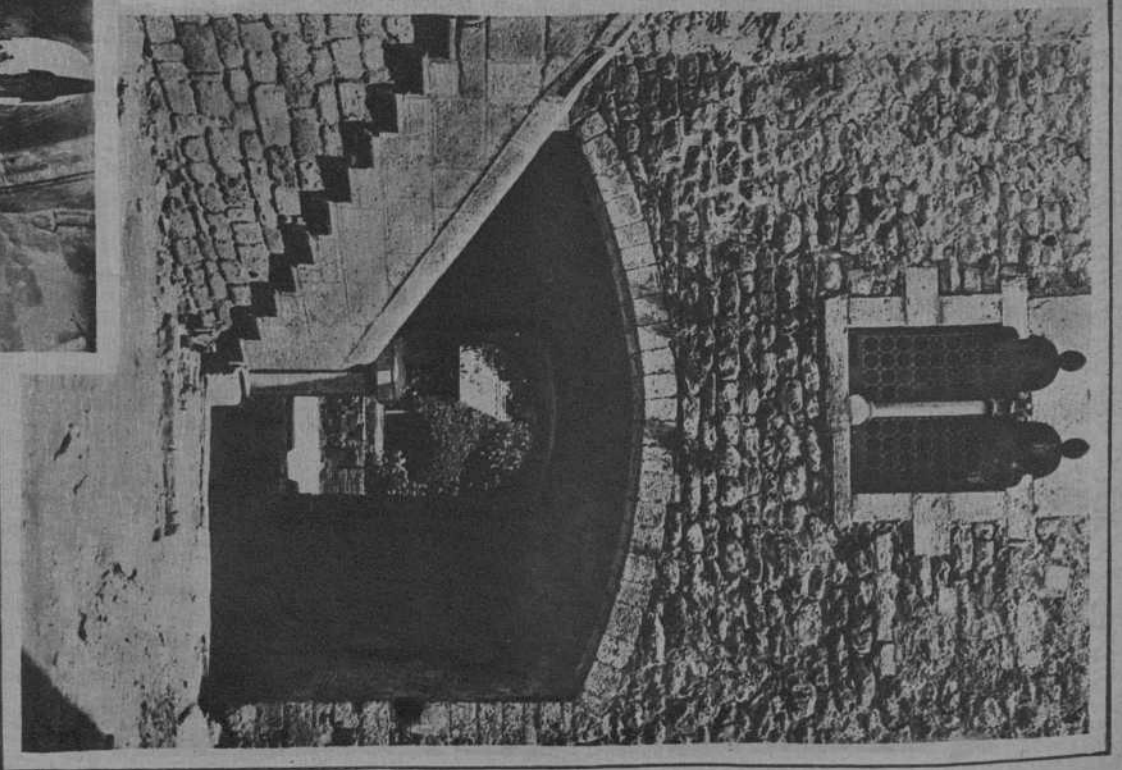
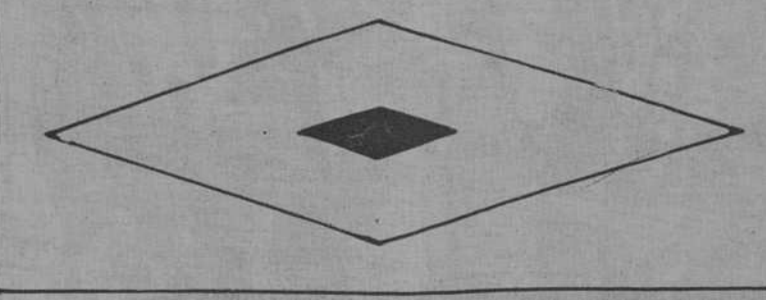
Bella muestra de las construcciones de antaño, recias y señoriales, es el Castillo de Castellar, que rememora pasadas y gloriosas gestas y en cuya conservación manos cuidadosas han puesto sus empeños.



Un rincón del patio.



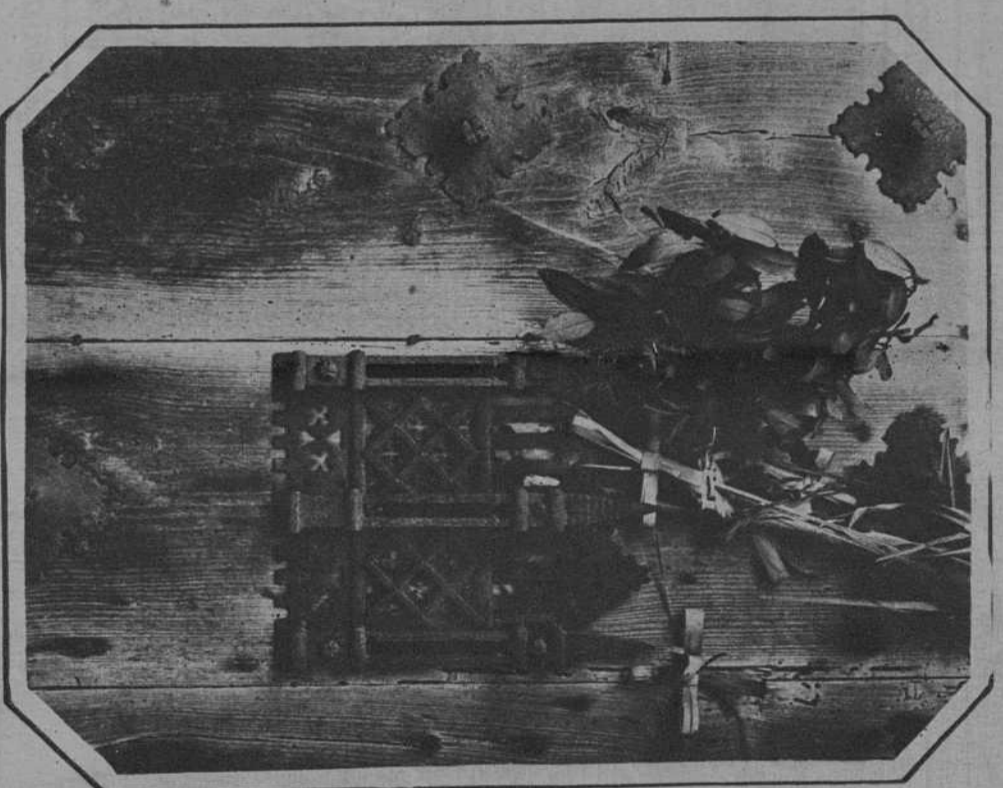
La escalera de honor.



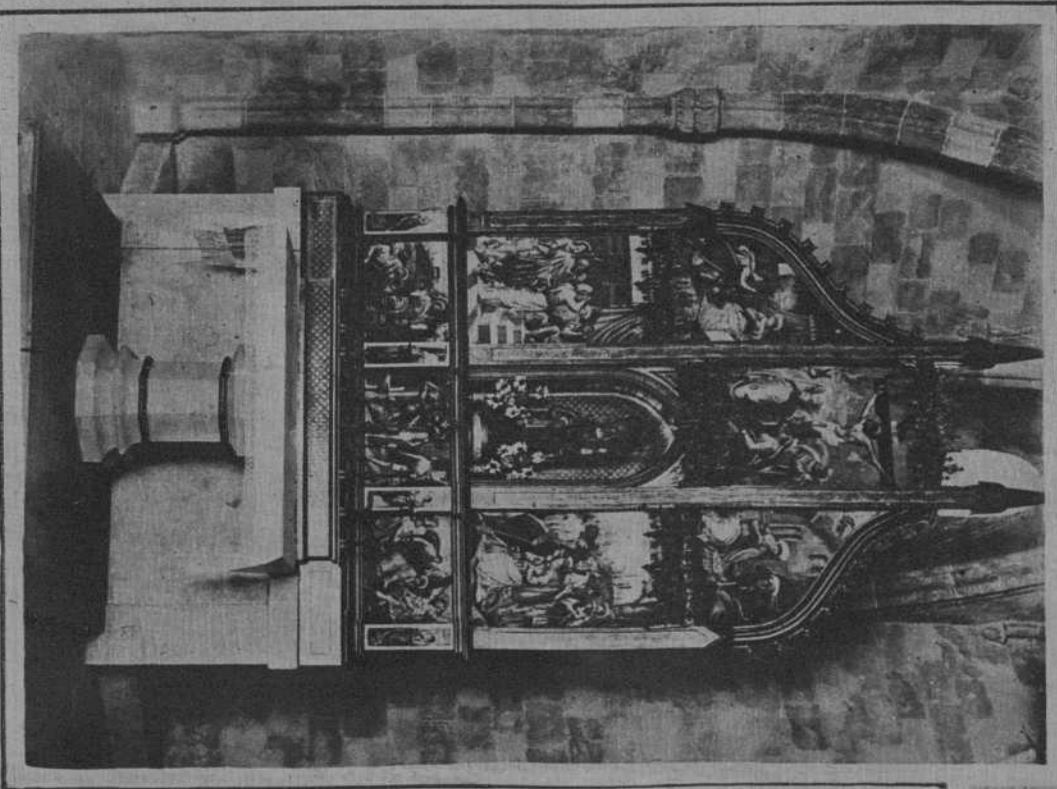
La entrada.



La puerta del recinto.



Picaporte de la puerta principal.



Hermoso retablo de la capilla.

Fotos Francavari

SALPICADURAS

En el colegio:
—Vamos a ver—le dice el profesor de Gramática a Juanito—¿a qué género pertenece la palabra pluma?
Juanito, que es muy torpe, se queda unos momentos pensativo y al fin responde rípidamente:
—Según: si es de gallo al masculino, pero si es de gallina, al femenino.

**

—Aquí tiene usted al niño, que quiere ser abogado.
—Pero—dice el maestro—¿si es tartamudo!
—No importa, no se le conoce más que cuando habla.

**

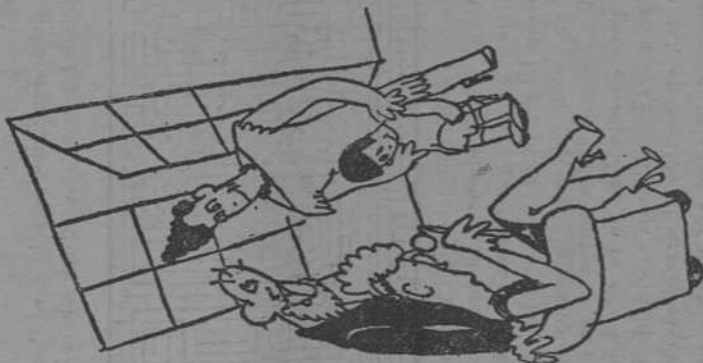
Un caballero de buen humor está afeitándose en la barbería y aguantando pacientemente la charla del barbero que, por cierto le afeita tan brutalmente, que lo tiene en un grito. El hombre de la navaja habla sobre una predicción que dice haber leído en un periódico sobre un próximo fin del mundo.
—El día tres—dice—morirán todos los animales y el día cinco todos los hombres.
—¿Caramba!—exclama el parroquiano a quien le acaba de dar un terrible corte—Pues estoy en un conflicto. ¿Quién me va a afeitar el día cuatro?

**

En el cinematógrafo:
—Señora, ya podía usted decir a su marido que no diera esos ronquidos.
—¿Es que le molesta a usted para ver la película?
—No, pero no nos deja dormir a los demás.

**

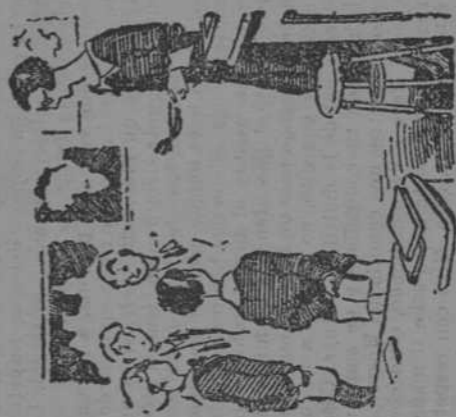
Un baturreo contempla cómo se incendia una casa, cuando percibe clavada a la fachada una placa de una Compañía de seguros, que dice: «Asegurada de incendios».
—¿Y pa qué está el tetrericó?—¿Como si no lo hubian puesto ahí!



—Este hijo mío, por poco no es el primero de su clase. Lo ha sido el chico que se sentaba a su lado...

**

Dos hombres que presumían de valientes, se encuentran a la puerta de una lotería de cobrar algún premio:
—Te ha tocado?
—¿A mí?—le responde el interpelado—¡Si me llega a tocar le rompo an hueso!



La profesora:—¿Por qué haces siempre tus problemas por un procedimiento tan anticuado? Fíjate en los problemas que trae siempre Johnny Smith.
El chico:—Si; es que él vive con su padre... y yo vivo con mi abuelo.

Entre baturreos:
—Y tu chico, ¿qué vida lleva en los dos años que no le veo?
—Está en Zaragoza estudiando Derecho.
—¡Derecho! ¿Y los dos años ha estado estudiando lo mismo?
—Y ya va pa el tercero!
—Mía tú que tien ca cosica en Zaragoza... ¿Y cómo hace pa no cansarse?

**

—¡Espléndida vaca, eh! ¿Cuánta leche produce al día?
—Unos quince litros.
—¿Y no tiene usted más que esa para el consumo del despacho?
—Nada más, pero ya es bastante.
—¿Qué vende usted, entonces?
—Unos treinta litros diarios.

**

Un señor bastante sucio, va a i. consulta de un afamado doctor, para que le examine unas manchas que le han aparecido por el cuerpo.
—¿Cree usted, doctor—le pregunta—que con los baños de mar desaparecerían estas manchas?
—¡No hace falta tanto! En mi opinión, le bastaría a usted con unos baños de agua corriente, pero con bastante jabón y un poquito de estropajo.

**

—Papá ¿qué es un parásito?
—Un parásito, hijo, es el hombre que entra por una puerta giratoria sin hacer su parte de trabajo empujándola.

**

(Sin premeditación)—Un niño se cayó dentro del lago y una señora le dijo: ¿Cómo ha venido a caer en el lago?
—Yo no vine a caerme, señora, vine a pescar.

El club de las mujeres fatales

Por Felipe Olazábal



quiso enfrentarse con las llamadas «mujeres fatales», que se reunían los martes por la noche en su club.

Para ingresar en el «Club de las mujeres fatales» se requería a todo trance ser «mujer fatal»: había que escribir poesías que tuvieran cierto aire trágico y que como las de la señora Ibarbourou, acabaran con un imperativo de pie forzado que viniera a decir: «¡Ómame»; también se admitían vitodas enamoradizas que tuvieran automóvil; danzarinas que reproducen figuras de friso por haber vivido en tiempos de la Grecia heroica; princesas trapisondistas que llegan de Polonia y sueñan siempre que las persigue un colegial; cocainómanas con la vida rota después de producir cuatro o seis suicidios; delirantes de Rodolfo Valentino y esposas de genios incomprendidos. Tal era el concepto que se atribuía en el mundillo literario a las mujeres fatales.

III

Leda no era una «mujer fatal». Para ingresar en el Club tenía que hacerle raptar por un apache, pasar en veintidós horas los días de luna, envenenar la vida de tres poetas y fumar cigarrillos egipcios en público. Clotilde una «mujer fatal» que colaboraba en revistas literarias y describía hasta la saciedad las hazñas de «esa serpiente enroscada el cuello que vive... ser el amor en nuestro tiempo», habló francamente a Leda.

—No ha vivido usted bastante, amiga mía, para ingresar en el Club.

—Tanto mejor, porque ustedes me enseñarán.

—Hay que entrar enseñada... Nosotros no tratamos de propagar nada. Somos expresiones de fatalidad que se unen como ciertos protestantes para confesarse ante los fieles, aunque nosotros lo hacemos ante un público de mujeres fatales. La fatalidad no tiene aprendizajes; como no se aprende a respirar tampoco se aprende a ser mujer fatal.

Leda se creyó en el caso de leer todo lo escrito por la condesa de Noailles; se dedicó a recorrer los cines para aprender versiones de vidas «extranas» y llegar a captar el sensacionalismo.

Clotilde volvió a desengañar a Leda, si bien dejó entrever una posibilidad.

—Sólo hay un medio de que llegue usted a ser «mujer fatal».

—Morirme.
—Nada de eso... Tratar a un reportér.

IV

Leda tenía la clave del gran misterio. Un buen reportér posee el secreto del sensacionalismo y la experiencia de tres magos. F. taxi, el teléfono y el block son sus armas. La velocidad y la prisa sus musas protectoras; el sentido de oportunidad, su norma. Movilidad y sugestión, iniciativa y arrastre, exactitud y ligereza, intuición... La portorriqueña logró conocer a Aquerreta, el más famoso reportér de la ciudad. Fué una noche de estreno en cierto teatripo de arrabal donde se

representaban dramas en doce minutos, cuatro minutos por acto.

—¿Qué reportaje prepara ahora, señor Aguerreta?

—El reportaje de los tranvías, que son una representación exacta de la sociedad. El trabajo útil se resume en el hombre del motor; el trabajo inútil en el cobrador; la prisa para nada que se observa en la sociedad, está representada por los viajeros.

—Además de eso, puede hablar de las pequeñas tragedias del tranvía que pasan desapercibidas... A lo mejor sube a la plataforma del tranvía una mujer fatal, señor Aguerreta. ¿Quién sabe de va?

El reportaje abrió los ojos desmesuradamente y miró a Leda con señalada curiosidad profesional.

—¿Qué piensa usted de las mujeres fatales?—preguntó la portorriquina.

—Tienen un temperamento lírico y hasta tienen un Club... Por cierto que iré a visitarlas el martes. ¿Quiere acompañarme?

—No.

—¿Por qué?

—Me han desahuciado.

—No me extraña... Su edad no es la de una mujer fatal... Ya inventaremos un folletín si tiene usted interés en ir al Club.

—Pero es que los folletines no hay que inventarlos, sino vivirlos. Allí se dan cuenta de lo que es preceptiva y de lo que es fatalidad.

Y

Llegó la noche de la visita. Las mujeres fatales solemnizaban el ingreso de una mestiza que había hecho delirar en vano a tres estudiantes, a un banquero y a un autor de revistas.

Leda y Aguerreta entraron en el Club con esa presteza decidida que tan bien jima con el reportaje.

—La señora que preside el Club?

—Está usted hablando con ella.

—A sus órdenes, pues, señora.

—Le estamos esperando hace un rato y no es de buen reportaje impacientarse a sus amigas y llegar tarde.

—Primera lección, primera advertencia...

—Segunda...
—¿Segunda?

—Naturalmente! Porque lo primero que debió usted hacer es conocerme. El reportaje ha de ser fisiognomista.

—Es que la única vez que nos hemos visto iba vestida de luto... Bien es verdad que era en la calle.

—En el Club no se autoriza el luto.

—¿Ni la tristeza?

—Ni la tristeza. Eso queda para fuera.

Aguerreta empezó a ver visiones. Le hicieron pasar a una habitación amueblada con exquisito gusto. Erantán alegres las impresiones que recibía, que hasta se olvidó de presentar a Leda. En realidad no hacía falta, por-

tras y a que se ría un rato. A la señora que le acompañaba, la castigamos a la misma pena.

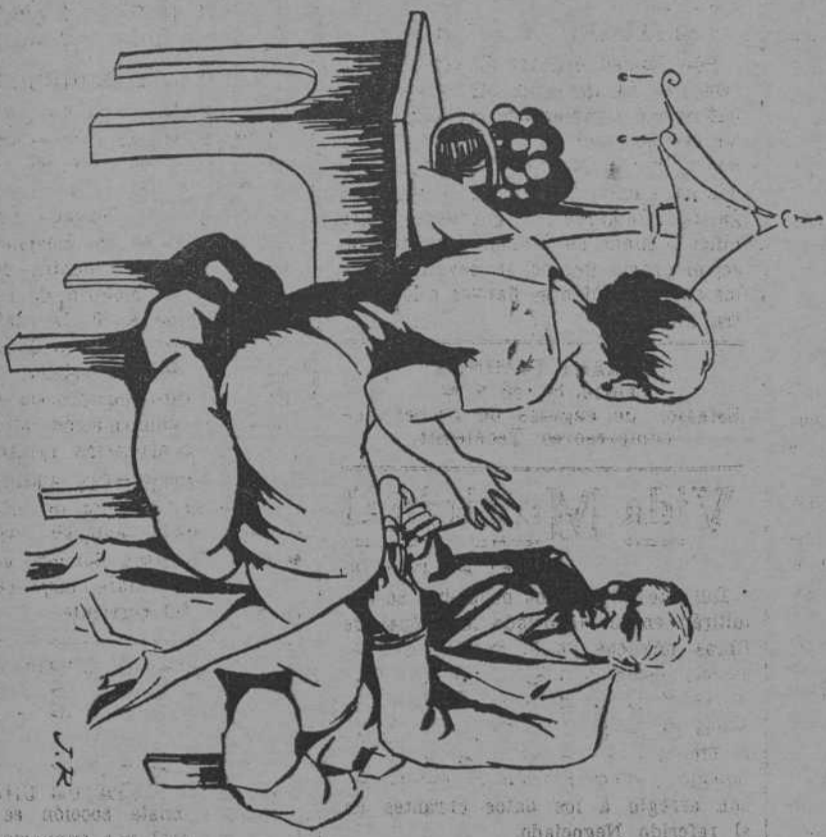
—Trata de presentar su candidatura para ingresar en el Club... Por cierto que una de las señoras adheridas a esta jovial secta, asistió a esa joven.

—¿Quién?

—Se llama Clotilde.

—Está expulsada... Tenía el humor trágico y no podía avenirse con nuestra manera de ser.

—Entonces no habrá aquí poetas. Me refiero a esas señoras que escriben al pie de un ciprés lamentándose de todo.



que la gentil portorriquina iba presentándose ella misma y las mujeres fatales la saludaban con la mayor cordialidad.

—¿Qué opino usted del feminismo, señora?—preguntó Aguerreta.

—El feminismo es una especie de juego del «matarife», señor Aguerreta. Las mujeres que ostentan cierta representación feminista en España, han de adornar su nombre perfectamente desconocido fuera de la República con el apellido notorio del marido, lo que me parece una inconsecuencia.

Hablaba aquella mujer con garbo, sonriendo placidamente.

—No podrá usted hacer un reportaje terrorífico... Le castigamos a que

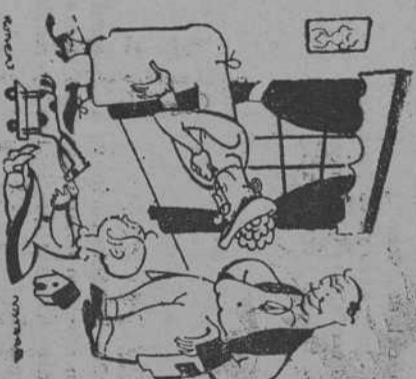
La astucia de un zorro

Un león, que no por ser rey se aburría menos, invitó un día a un burro y a un zorro para que vinieran a acompañarlo. Les hizo visitar su espléndida morada. Todo allí era magnífico, pero un montón de esqueletos de animales que se encontraba en un rincón exhalaba un olor fétido.

Para terminar la visita, el león les observó con un banquete colosal, y en el momento de los postres, preguntó al burro: —Dime, amigo, ¿qué piensas de mi casa? —Por Dios, señor—dijo el burro—, vuestro palacio es magnífico, pero para decir verdad, se siente en él un olor muy desagradable.

—¿De qué?—dijo el león muy irritado.—Pues respágame que detesto a la gente mal educada como usted. Y arrojándose sobre el burro le hizo pedazos.

—¿Y tú, pequeño zorro, ¿qué opinas de todo esto? —Don Zorro—estornudó varias veces y después de frotarse fuertemente el hocico, dijo: —Noble señor, vuestro palacio es espléndido y lleno de cosas bellas y agradables. En cuanto al olor de que hablaba el asno nada puedo decir, pues estoy muy resfriado. Y para confirmarlo lo que decía, el astuto animal siguió estornudando hasta que el león se durmió.



—Supongo que habrías ya pensado en lo que va a ser el chico. —Sí... pero vacilamos entre juez, capitán, arzobispo o revisor de coches-camas.

¡A la hoguera!

—Ven aquí mariposa, que no quiero dormir por el gusto de almorzar—decía el grueso de luz—, son tus alas tan blancas como las hojas del jazmín, y tienen una frimja de un color de fuego, que sólo he visto igual en el cielo y en tus alas. Mi luz cabe sobre las hojas festonadas de este clavel doble para que te detengas y aspiras su aroma, y sophas la miel que hay en sus venas. Ven, mariposa, y agita tus alitas sobre mí, y perfuma estas ramas con el polvillo de rosa que esparcas al volar.

—¡Ja, ja, ja!—respondió la mariposa. Vaya para esas luces con tu pobre candelilla. —Ya lo sé; allí brillan las estrellas y luceros; pero están muy lejos y no podrías alcanzarlas.

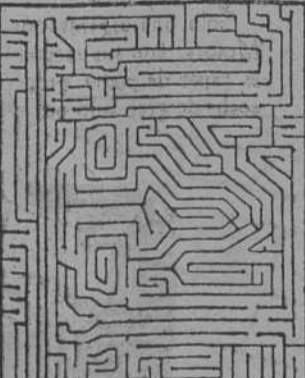
—¡Y aquella flor de luz que hay en el jardín envuelta en un palacio transparente! —Esa luz queema, es un farol de gas; no acerques a él tu cuerpo delicado.

—¿Quieres que me respalde a esta obscuridad? ¿No dices que soy linda? ¿Que tengo un traje hermoso? ¡Adiós! —¡A dónde vas? —A brillar un momento y desaparecer entre las llamas.

El laberinto misterioso

Aquí tenéis un laberinto, pero no un laberinto como otro cualquiera, ni mucho menos; sino muy especial entre los especiales.

Lo denominaremos, no sólo para llamarlo de alguna manera, sino porque además me-



rece este nombre: el laberinto misterioso. Como podéis observar, a poco que contempléis el grabado que ilustra estas líneas, tiene ese laberinto varias entradas. Al fijaros en ello, recordaráis, seguramente, aquello que «por todas partes se va a Roma»; pero en este caso no es así. Aquí no se llega a la Ciudad Santa, si consideramos como tal, en sentido figurado, el centro del laberinto, más que por una sola de las entradas. El resto no tiene salida, es decir, se cortan antes de llegar a la meta.

Aquí, pues, tomad un lápiz y empezad la búsqueda de la única y verdadera entrada. Como la solución de este problema laberíntico se presenta algo difícil, os dire para orientaros que la línea que trace vuestro lápiz en el misterioso recorrido, irá marcándose, precisamente, la silueta de una figura.

Los niños en la calle

No olvidaros nunca de estos consejos: Siempre que encuentres a un anciano, a un pobre hombre, a una mujer con un niño en brazos, a un impedido que anda con muletas, a un hombre envuelto bajo el peso de sus cargas, a una familia vestida de luto, cédeles el paso con respeto; debemos respetar la vejez, la miseria, el amor maternal, la enfermedad, la fatiga, la muerte.

Siempre que veas una persona, a la cual se le viene encima un carruaje, quítale del peligró, si es un niño, advértele, si es un hombre. Pregúntale siempre qué tiene el niño que vas llevando. Recoge el bastón del anciano que lo haya dejado caer. Si dos niños ríen, sepáralos; si son dos hombres alféate para que no asistas al espectáculo de la violencia brutal que ofende y enturbe el corazón. Y cuando pase un hombre maniatado entre dos guardias, no andas a la curiosidad cruel de la multitud, la tuya. Cesa de hablar con tu compañero y de sonreír, cuando encuentres una camilla del Hospital, que quizá lleve a un moribundo, o un cortejo mortuorio, porque quién sabe si mañana saldrá uno de tu casa. Mira con respeto a todos los muchachos que proteges la caridad: los ciegos, los mudos, los raquíticos, los huérfanos, los niños abandonados. Pienasa que son la desventura y la caridad humana que los pasan. Píngse siempre no ver a quien tenga una deformidad repugnante o ridícula. Apaga siempre los faros que enciendes orientados al pasar. Responde siempre con finura al que te pregunte por una calle. No mires a nadie riendo, no corras sin necesidad y no grites.

—Una cosa abstracta es aquella que no puede tocarse. Dime un ejemplo. —Una barra de hierro al rojo...

$$\begin{array}{r} 4 + 4 = 8 \\ 540 \\ \underline{12} \\ 528 \\ \underline{130} \\ 398 \\ \underline{1459} \\ 1857 \end{array}$$



—¿Cuáles son los cuatro elementos? —El agua, la tierra, el agua y el... el... —Vamos a ver: aquel que causa tantos estragos.

—El automóvil.

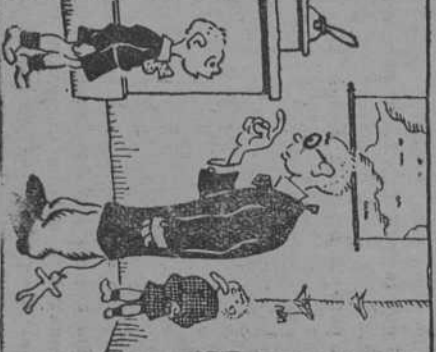
Un trozo difícil

Mozart, el célebre músico y Haynd comían juntos en una casa. El primero tenía siempre buen humor y era comensal alegre, distinguido y muy aficionado al champagne. —Apuesto una botella de champagne—dijo a Haynd— a que no, focas de repente un trozo de música que voy a componer.

—Acepto la apuesta—respondió el aludido, que era otro gran músico. Mozart emborrachó algunos platos y alargó el papel a Haynd. Parecible a éste tan fácil la composición que, sentándose al piano, expresó su sorpresa diciendo: —Mozart tiene, por fuerza, exceso de dinero. Se empeña en pagarnos el champagne. —Ahora lo veremos—repuso Mozart, frotándose las manos.

De repente Haynd, después de preludear, se detuvo. —¿Que he de tocar este disparate!—exclamó—¿Cómo has de tener cada mano si extremo del piano y al mismo tiempo tocar una nota en el centro del teclado? —¿Tan poca cosa te delicias? A ver si yo puedo—dijo Mozart sentándose a su vez al piano.

Y en efecto, al llegar a la famosa nota, baja la cabeza y la da con la punta de la nariz. La concurrencia soltó la carcajada. Haynd era chato, y en cambio Mozart tenía una nariz. Haynd, pues, pagó el champagne.



—Una cosa abstracta es aquella que no puede tocarse. Dime un ejemplo. —Una barra de hierro al rojo...

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL

EL CAMELLO

La falta de cuernos es precisamente uno de los caracteres distintivos de la primera familia de rumiantes, que es la de los camellos así llamados por tener por tipo al camello.

Los animales de esta especie, son de gran tamaño y prestan útiles servicios al hombre, especialmente a los árabes, que no podrían vivir sin su auxilio.

Existen dos especies de camellos, el camello común, que tiene una joroba y que sólo se le conoce en estado doméstico, y el camello bactriano, de dos jorobas, que de-



—Eres tan malo, que por tu poderío soportar, me iré a echar al agua.
—¿Me dejarás ir a verlo?

ben su nombre al hecho de ser muy común en la región de Bactriana, entre el Turquestán y Persia, y de cuya especie, según algunos naturalistas, quedan muy pocos rebaños salvajes en el desierto del Asia Central.

Cométese una verdadera inexactitud el llamar «Dromedarios» al camello de una joroba, por la razón, de que esta especie es el camello propiamente dicho, el «Yemal» de los árabes, el dromedario es una raza especial, notable por su ligereza, pues puede salvar, sin dificultad ni cansancio, grandes distancias, cuya condición hace que sea empleado para montar.

El camello común, es originario de Arabia, de donde fué llevado a Egipto y a todo el resto del África septentrional, extendiéndose hasta el Senegal.

En los desiertos y grandes llanuras de aquellos países, el camello es el más precioso auxiliar del hombre.

Los pies de estos rumiantes, parecen he-

chos apropiado para marchar por la arena blanda sin hundirse; su sobriedad raya en lo increíble, siendo su alimento, lo mismo las espinosas palas de chumbera, que la más jugosa cebada, contentándose, en caso de necesidad, con la paja que rellena las albardas.

La docilidad del llamado «navio del desierto», no pasa de ser un cuento.

El camello, sin excepción alguna, es hurraño, gruñón, irascible y hasta peligroso por su propensión a morder.

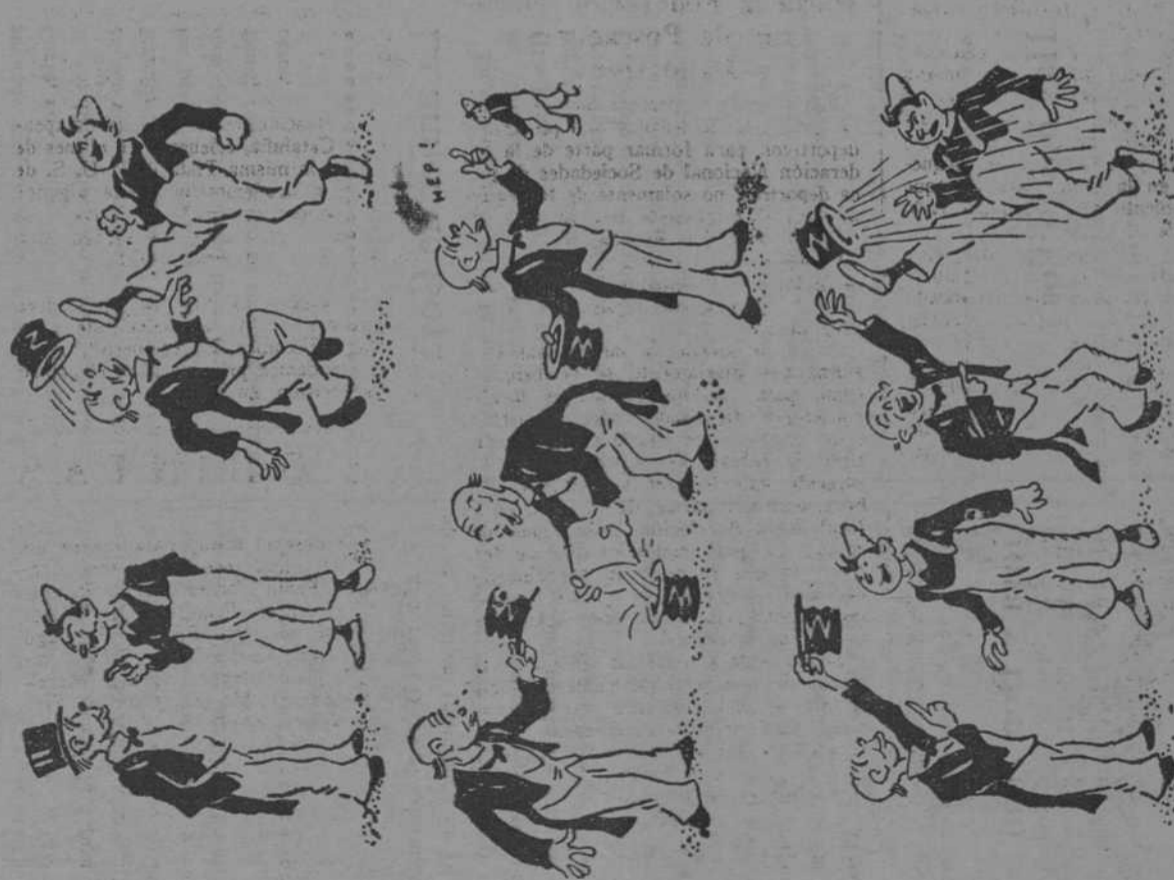
En la época del celo, los machos son fieros, braman emitiendo por la boca una especie de vejiga membranosa y exudan una sustancia fétida por una glándula que tienen detrás de la cabeza.

La característica del camello, es la pereza y la obstinación; no trabaja sino protestando con una especie de ronco lamento, ni obedece más que por miedo al látigo o al palo del camellero.

Uno de estos rumiantes puede llevar una

PAYASADAS

B. S. N.



Historieta sin palabras

—¿Y el amor? ¿Qué piensa usted del amor?

—Que el más agradable es el que menos molesta con esa premiosa adoración tan ajena al verdadero afecto.

—¿Cree usted que el romanticismo es una antigüalla?

—Creo que es pobreza y galvana con tinte literario. El romántico era generalmente un desocupado. La mayor parte de los poetas sentimentales eran reumáticos y burócratas. Escribían trovas muy apanaditas y remilgadas para hacer méritos y entrar en una oficina. ¿Cómo podían convencer a nadie de su espíritu poético? Francamente, encuentro más poesía en la vida de un fundidor.

—¿Y la poesía nueva?

—Cuando no lleva puntillas, puede pasar... a condición de que no se quede mucho rato... Lo difícil es hallar una poesía nueva que no sea pasamanería y jueguecito... Todo carrocería... Lo interesante es el motor, señor Acquerreta.

VI

—¿Y por qué se llaman ustedes a sí mismas «mujeres fatales»?

—¿Acaso pueden calificarse de geniales esas actrices cargadas de adjetivos amables? Los autores ilustres, ¿no carecen de las más elemental ilustración? Los brillantes cronistas ¿qué brillantez pueden ostentar sin auxilio del limpiabotas? Nos llamamos «mujeres fatales» porque no lo somos.

—En cambio son ustedes las mujeres ideales para un aviador o un reportero...

—Si sabe conquistarnos, señor Acquerreta. El reportero y el aviador, hombres de nuestro tiempo, no son siempre deterministas, porque pueden inclinarse a la acrobacia y al lirismo o tener pretensiones de «hombre fatal», de «hombre irresistible». ¡Abajo el «hombre irresistible» y el claro de luna!

Acquerreta se enamoró de la mujer que ostentaba en el Club la función presidencial y como primera prueba de amor escribió un sabroso reportaje fatales.

advertiendo a los crédulos que entre las mujeres fatales no había viejas, ni princesas delirantes, ni enamoradas de Rodolfo Valentino ni cocainómanas; que la leyenda era, como tantas otras leyendas, una tontería, y que en el Club ingresaban modistillas vivarachas capaces de «cortar un traje» al hombre petulante. El Club es una defensa — decía Acquerreta en el reportaje — contra la pedantería y la coquetería de los hombres, contra el autoritario macho que se cree un rajá aunque habile de feminismo para pasar el rato. Leda fué una entusiasta del Club sin necesidad de dejarse raptar ni de fumar por fuerza y se convenció de que no hay mujeres fatales más que en la peor literatura.

Las aficiones folletinescas de la portorriqueña se convirtieron en afán de nadar y llegó a ser una Ederlé sin público y sin fotografías en los periódicos.

Acquerreta refirió su afición al reportaje y llegó a ser menos crédulo... Todo por influjo del «Club de las Mujeres fatales».



Los partidos que se disputan en el estadio de fútbol de la ciudad de Bogotá, Colombia, son de gran interés para los aficionados del fútbol.

El programa del encuentro entre los equipos de fútbol de la ciudad de Bogotá, Colombia, será de gran interés para los aficionados del fútbol.

Sin rebajar el poder de la voluntad, tenemos la convicción de que los genios obedecen más pronto a un instinto que inconscientemente las impulsas a salir de la condición en que lógicamente, siguiendo la evolución ordinaria de las cosas, estarían destinados. La fuerza de voluntad es más propia, para vencer en los casos ordinarios de la vida. Los genios obedecen a una especie de impulso pasional, que les hace solucionar las cosas, de una manera en apariencia arbitraria, pero que obedece a los altos designios de una voluntad superior al hombre.

A esta especie de instinto, es al que obedecía Clavé, cuando al salir de la escuela, echaba a correr hacia el inmediato cuartel de Anazaras y encaramándose a la reja de una de sus ventanas, escuchaba atentamente los ensayos de las banderas de cornetas y militares de regimiento, fijándose, no sólo en la armonía total de las piezas, sino en el canto especial de los diferentes instrumentos, y no contento aún con eso, después reunía a los chicos de su barrio, agrupando sus voces, y enseñando a cada uno a imitar un instrumento, formaba así una banda vocal, con gran sorpresa del músico mayor, que al oírlos, no podía comprender cómo sus composiciones, eran conocidas antes de escribirse.

Este impulso inconsciente es ayudado por las circunstancias. Nació en 21 de abril de 1824, en el antiguo palacio del conde de Santa Coloma, situado en la calle Ancha, núm. 2, esquina a la Plaza del Duque de Amherst, en casa de su padre, serrador de madera, habiendo perdido el ojo izquierdo a los seis años, esto le impidió seguir con fruto su oficio de tonero y dió mayor ocasión de seguir sus aficiones poéticas y musicales.

Aprende primero el violín, después la flauta, y con mucho mayor éxito la guitarra, que llega a dominar muy regularmente. Un incidente casual es el origen de su vocación.

«Do un día, por los dulces predichos de una bien pintada guitarra, al pasar junto a un callejón, penetra en él y llega en el preciso momento en que el cantor iba a pronunciar un desvergonzado bolero. La concurrencia habitual de aquel lugar, compuesta de jornaleros, vagos, soldados y mujeres de día vida, reunidos en torno de las gradas y despididas mesas, a la luz de los humos quinqués de petróleo, empezó a aplaudir desordenadamente, los conceptos de la canción inmundada y Clavé salió escandalizado, quedándose su nefanda letra grabada en su memoria.

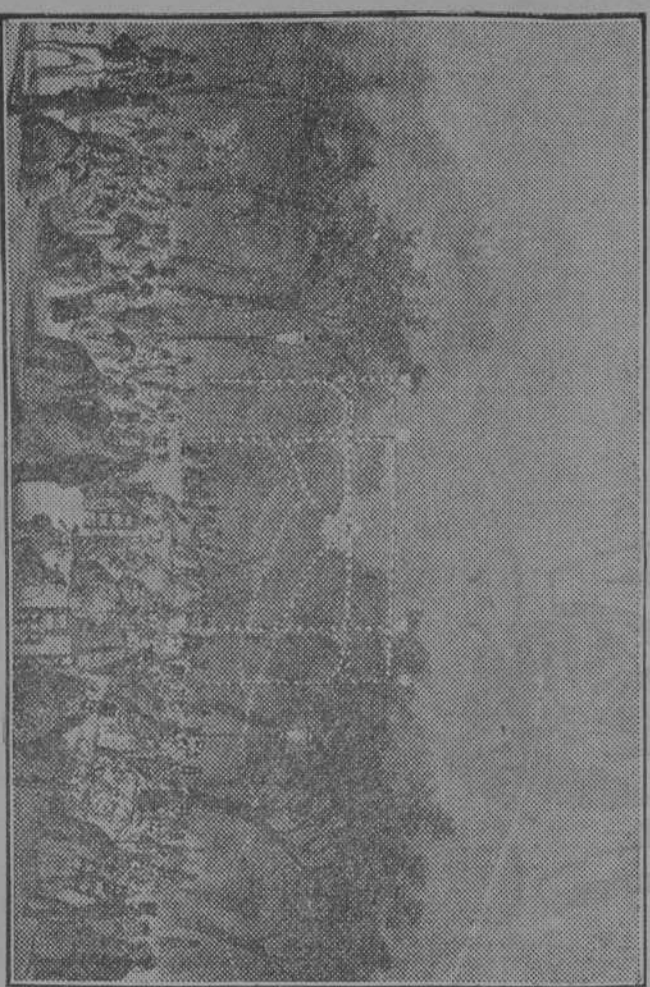
Al día siguiente en el taller, oyó repetir al oficial mayor, aquella infernal tonadilla. Aquello no podía ser. Era un padre de fa-



Una efemerides: La vida y la muerte de José Anselmo Clavé

milta, tenía mujer, hijos y hombres a sus órdenes... De lo profundo de su alma, nace el mandato imperativo de su deber. Al llegar a su casa acude a su guitarra y arranca de su seno los más profundos y dulces acordes y surge su canción «Elvira», busca al cantor del café y le persuade que la cante a su auditorio habitual, y su éxito sobrepasa a sus esperanzas. Aquella melodía pura y sencilla, hija de sus más puros amores, arranca lágrimas a aquellos seres, no comprendidos, sino desahuciados.

De allí arranca su apostolado, su carrera, que ya no se interrumpe. En 2 de febrero de 1851, da su primer concierto la primera sociedad coral «La Fraternidad» que toma más tarde el nombre de «Extrema». En 1855, es el período más activo de sus actividades corales. En los «Campos Elíseos» empezaban los conciertos matinales, siguiendo después los vespertinos. En el año 60, después de la guerra de África, perpetuada por Clavé en «Los neas de los Almoravides», celebró su primer festival en 17 de septiembre. Eran estos, grandes concursos de música que lograban reunir verdaderos ejercicios de canto. Sólo Clavé en su alto prestigio podía lograr esto. En el primero tomaron parte 200 coristas y 150 músicos; en el cuarto, cuyos conciertos se efectuaron en 4, 5, y



Los Campos Elíseos en las tiempos de Clavé

6 de junio de 1864, alcanzaron la cifra de 2,090 coristas de 67 sociedades y una masa de 300 profesores.

Clavé publicando revistas y buscando cooperadores entusiastas que le ayudaran, pagaba viajes y estancias a los coristas forasteros, repartía joyas y premios, etc., etc., y con su música descriptiva genuinamente catalana iba obteniendo éxito sobre éxito.

Su alma inmensa se dilataba, se prodigaba, y en todos los actos de su vida se ve resplandecer la recta integridad de sus principios y la más profunda moralidad.

Esto le daba un alto prestigio que le prescribía grandes servicios en algunas ocasiones. Erito con su energía durante la proclamación de la República en Barcelona, el triunfo de los cantonales que ya tenían formada su junta y en la Diputación provincial contaban con la guardia de la casa, pero los voluntarios armados, encargados de hacer triunfar por la fuerza, al oír sus energéticos y razonados apóstrofes, se pusieron al lado de Clavé diciendo:

«¡Josep: estem a les vostres ordres!»

Al estallar el movimiento de 1864, habiendo las turbas asaltado la fábrica de cadenas que los amotinados no podían abrir de ninguna manera. Un alto y fornido cerrajero, empujando un grueso martillo, logra hacer saltar la tapa, y entonces, todas las manos, se introducen codiciosas en ella, privando al que había logrado abrirla, de sacar partido de su brutal proeza. Este, airado levanta el martillo amenazando aplastar a todo el mundo, cuando Clavé, que había acudido a calmar el tumulto, aborazándose al insensato, logra parar el golpe y apostrofiándole le dice:

«¿I tu ets un fill del poble?... I tu ets un treballador honrat? Miserable...» Reconociendo el apostrofo a Clavé, se escurreó confuso y avergonzado. Al día siguiente, el fornido mozo, se presentó al nuestro pidiéndole perdón de su inconsciencia y brutal arranque.

Hacia el año 1866, un hermano de Clavé fue invitado, por sus ideas republicanas, a presentarse al capitán general don José Zaldívar, que gozaba fama de cruel y arbitrario. Anselmo no quiso separarse de él. Durante la entrevista, como se temían, emprendió a insultarle y levantó la mano contra su hermano Antonio, mas nuestro héroe no le dio tiempo para ello, pues se le echó encima como un león, sin medir las consecuencias. La guardia, compuesta de mozos de la Escudaría, intervino, e iba a hacer uso de tanta valentía, pero sorprendido el general de sólo la pena del destierro.

Presidiendo un día Clavé una elección con un poco de maña, podía desnaturalizar la elección y dar el triunfo a la candidatura republicana. Clavé se mostró incorruptible, y a los que le decían: «A vosté se deuria que guanyin els contraris». Respondió: «A mi, no; seré als que han fet una llei poc mitificada. Els que llan feta, poden modificar-la, que mes faci el reformar una llei dolenta, que no pas corregeixi males costums públiques».

Esta respuesta pinta, por sí sola, la integridad de Clavé. Toda su vida fue un ejemplo de abnegación, y el ciudadano y el padre son tan importantes como el artista, y si bien en su vida pública y privada las espigas superaron a las flores, su labor no ha sido inútil. De su pura semilla arranca lo más puro del arte musical de nuestra tierra, y su muerte fue universalmente sentida, formando caracteres épicos el sentimiento popular.

Dícese que el reloj de Clavé, que había señalado una por una las horas de su gloriosa vida, quedó parado al exhalar su último suspiro. Símbolo del tiempo, quiso marchar a la hora fatal en que se había extinguido una de las preclaras inteligencias de la época. Era esto en la mañana del día 24 de febrero de 1874, a las ocho y media.

JOAQUÍN BAS GICH

ANTE EL CENTENARIO SUGERENCIAS GOYESCAS

Los dos Carnavales

Ha pasado el Carnaval antenico, dejando vía libre al Carnaval falso de cada día, el de los hipocritas artifices invisibles... En la obra de Goya hay, también, dos Carnavales: el auténtico y el falso; el del populacho y el de la aristocracia, (en Goya no hay términos medios; por tanto ni clases medias). El primero está sintetizado en aquel cuadro titulado «El Entierro de la Sardina», vigoroso, agitado, pintoresco, marcado. El segundo, está reflejado en los cuadros de la Corte, en los que Goya deja transparentar, inexorablemente, todo lo que tenía de mas-carada vulgar y sarcástica. Por ejemplo: esa formidable «Familia de Carlos IV», en que los personajes se miran, se sientan próximos, pero en realidad todos están muy lejanos; tanto, que no se comprenden unos a otros.

La mujer de Goya

En el templo del Arte, la mujer de Goya es, indudablemente, la Duquesa de Alba (La Pepa tiene un rol tan casero, tan hogareño, está siempre tan atareada con esos veinte hijos que hubo de su esposo). En cambio la Duquesa de Alba palpita siempre en la obra goyesca, siempre, ¡ay!, hasta cuando sus relaciones con el artista han terminado por completo. Se diría que cuando Goya cesó de ser el ducal capricho, la silueta de la de Alba se quedó reflejada en lo más hondo de sus pupilas, luego inconscientemente, al trazar el contorno de una mujer, Goya trataba, fatalmente, el diseño airoso del cuerpo chispero y juncal de la Duquesa.

Hav dos idilios

Pero entre Goya y la de Alba, pueden advertirse dos idilios. El del hombre y la mujer; y el del artista apasionado y el modelo inefable. Un idilio terrenal y un idilio espiritual. (Este, sin duda, el más interesante). Ella se llamaba María del Pilar Teresa Ca-

yetana de Silva, Alvarez de Toledo, era de cinoctercera Duquesa de Alba y Marquesa de Villafraanca. A él—Francisco de Goya—le llamaban, caseramente, Franchito. Pues bien: hay dos idilios: el de Cayetana y Franchito—la manola y el majo—que había, indefectiblemente en ambos—y el de la Excmo. Sra. Doña María del Pilar de Silva, Alvarez de Toledo, duquesa de Alba y el señor Don Francisco «des» Goya y Lucientes, pintor del Rey.

Este, decimos, es el más interesante, el fecondo. Amor de artista apasionado que encuentra su ideal Amor de artista, cuya caricia más dulce ejecutaba el pincel cuando coloreaba en el lienzo, la figura en efígie de la Duquesa de Alba, doblemente amada, «ese diablillo que la envicó en la galante «rita», a quien—como artista y como hombre—debió Goya inefables horas.

El gesto

El admirable «D'Ors gloriosa aquel retrato de la Duquesa (propiedad de la Hispanic Society) en cuya mano figuraban dos sortijas: en la una dice: «Goya» en la otra dice: «Alba». Pero aparte de esta demostración pueril, hay otro detalle más sugerente todavía: el gesto eterno que Goya pinta en todas las manos de la Duquesa: gesto de mandato, gesto de orden; gesto de mujer acostumbada a ser obedecida ciegamente, con el que Goya quiso simbolizar, en ella (en esa piedra de escándalo en la Corte, en esa emperatriz el de su propia voluntad) algo que el artista soportó muy intensamente: la tiranía del Amor.

Goya v Don Juan

En nuestra historia hay dos encarnaciones del Don Juan legendario: dos encarnaciones típicas del fantástico Burlador. Villamediana y Goya. Pero el conde de Villamediana era un Don Juan, hermoso, principesco, magnífico, atrayente. En cambio el pobre Goya era

un Don Juan de muy poca fachada. A su manera, Francisco Goya, pudo haber sido el precedente de aquel famoso Don Juan Valledinámico que era el Marqués de Bradomín: «de, católico y sentimental».

Secreto a voces

Goya tenía doce años. Y una tarde, allí en el paisaje duro de Fuendetodos se apalancó un pincel y unos colores y se dió a pintar unas cortinas y una Virgen del Pilar en el altar de la Parroquia. Así salió aquello: regaladamente.

Pasó medio siglo. Goya tenía sesenta y dos años; era el más celebre pintor de España. Y en aquella fecha de 1808 dió en visitar su pueblo. Entonces le enseñaron aquellas pinturas de su mocedad y dijo Goya: «No digais que eso lo he pintado yo!». Ni ciertos ni perverzos los presentes entrevistados al efecto, lanzaron la frase de tal manera, que resultó ser un secreto a voces. Hoy día no podéis estudiar ninguna biografía goyesca sin que encuentreis un pasaje como el que sigue: «Por aquel tiempo, habiendo Goya visitado su pueblo natal, le fueron enseñadas las pinturas ejecutadas en su mocedad, y el artista encargó a los circunstantes: «No digais que eso lo he pintado yo!».

Goya v la ortografía

Goya no sabía ortografía. Escribía «chabers» sin h; e «str» con h. Esto como regla general. Como ejemplos particulares, recordos al azar, estos: «rebolbers», «chombos» (por envíos); «calajus», «bolletereta», etc., etcétera. Las cartas de Goya—amán de una serie de giros llanos y pintorescos de una deliciosa sinceridad—están plagadas de estas incorrecciones ortográficas. Pero nos consuela la idea de que,afortunadamente, para ser un genio, no precisa, en esencia, saber ortografía.

GUILLELMO DIAZ PLAZA